

Un helenista del Renacimiento

Por allá en los años de 1892 y los primeros que a éste siguieron, el Colegio del Rosario presentaba el aspecto de una formidable revolución. Y a la verdad no era otra cosa. Sólo que el conflicto no se dirimía con las filudas armas en la mano, como en la última tremenda lucha de 1885, sino en el simple estadio de un duelo decisivo de ideas y sentimientos. El Estatuto de Rionegro había provocado un resonante y terrible choque en el terreno ideológico, y los apuestos atletas se disputaban aún el campo, milímetro por milímetro, pulgada por pulgada, arremetiéndose sin misericordia, a estocadas furiosas ante los muros de las ciencias exactas, las ciencias naturales, la filosofía, la historia, la literatura, las religiones comparadas. No se puede negar que era hermoso el teatro en que ejercía su noble actividad la juventud de ese entonces, preparándose en el mismo campo del combate para las batallas futuras. Tal vez es eso, de paso decimos, lo que echa de menos don Tomás Rueda Vargas, mi excelente amigo, este venerable San Francisco de Asís, cuyas *Floreccillas* políticas suelen oler más bien a pólvora que a nardos y violetas.

¡Y qué clase de hombres le habían señalado a la juventud el camino de las lides ciudadanas! Si de un lado aparecen altos como nuestros montes el doctor Rafael Núñez y don Miguel Antonio Caro, don Carlos Martínez Silva y don Carlos Holguín, de otro alzan por encima de todos sus cabezas, como torres de acero, don Felipe y don Santiago Pérez, César Conto, Januario Salgar, Juan de Dios Uribe. Puede decirse que esos tiempos fueron los tiempos heroicos de nuestras luchas de ideas, y no hay por qué extrañar que nuestros combates de ahora sean menos gigantescos. Aquellos tiempos eran los de la *Ilíada*, con sus héroes legendarios, de corpulenta contextura; estos nuestros, ganadas las batallas de la libertad, son me-

sérinas disputas de hombres de un metro y sesenta y cinco centímetros a lo sumo.

Como era natural, el Colegio del Rosario fue el sector en que la campaña juvenil se hizo más intensa. Se estaba combatiendo en él un régimen por otro, unos maestros por otros maestros, unas ideas filosóficas por otras diametralmente opuestas. Monseñor Rafael María Carrasquilla era el alma de aquella transformación, y Santo Tomás de Aquino iba a sustituir en las aulas a Bentham y a Tracy. Pero las antiguas fortalezas no podían caer de un solo golpe. De pie, con el arma al brazo, erguida la cabeza y con resuelto ademán, los jóvenes liberales de esa época opusieron sus férreos escudos a las nuevas ideas y resistieron con brío las furibundas acometidas de la escuela neotomista. Recordamos con cariño entre estos nuestros temibles enemigos a Ricardo Tirado Macías, Max Grillo, José María y Julio Rodríguez, Clímaco y Julio Manrique, al *Machito* Alvarez, Arturo Pardo Morales, Gustavo Gaitán O., Marcelino Montaña, Leovigildo Hernández, Enrique Pérez, hijo de don Felipe.

Con el cambio político de 1885, los estudios clásicos habían vuelto a las aulas en tirne, y Virgilio, Horacio, Catulo, Cicerón, Tácito, César, regresaban a ellas con sus versos deliciosos y su prosa rotunda. Hacia 1892 don Miguel Abadía Méndez era el maestro de la lengua de Lacio, como avanzado paladín de un nuevo Renacimiento, y el doctor Carlos Cortés Lee hacía su aparición con los clásicos griegos, a manera de flautista encantado de otros tiempos, seduciendo a las almas juveniles en el Colegio del Rosario.

Aún me parece ver la grave figura del ilustre orador. De talla más que ordinaria, cuerpo flexible y delgado, rostro de óvalo perfecto, la boca graciosa y expresiva, recta la nariz, los ojos como adormidos, la voz a la vez dulce y sonora, el porte majestuoso, firmes y lentos los pasos.

Y recordando su aspecto de ilustre patricio romano, recordamos las palabras que hablando de César se atribuyen a Sila: « En este joven pálido hay muchos Marios ».

La lengua del Atica tomaba en sus labios un prestigio y una armonía extraordinarios. Nos parecía oír los cantos de los jóvenes helenos a las orillas risueñas del Eurotas. Pronunciaba el griego con la pronunciación puramente latina, y nunca quiso aceptar la nueva prosodia implantada ahora en el aula de literatura griega. El primer libro que puso en nuestras manos fue *La Retirada de los Diez Mil*, de Jenofonte. Paso a paso fuimos siguiendo las peripecias de esa gloriosa lucha desde el fondo del Asia hasta las playas del Mar Egeo. Y como si el doctor Cortés fuera algún optita de ese heroico ejército griego, en retirada a través de pueblos crueles y hostiles, su entusiasmo alcanzaba en la narración las hermosas y severas proporciones de la tragedia antigua. A su influjo nos sentíamos como uno de esos sufridos infantes que contra Jerges combatían en las falanges griegas. Un día su aspecto cobró toda la belleza de los hombres divinos, como Sófocles, y con voz llena de emoción murmuró: ¡Thalassa, thalassa, el mar! Era que los griegos, tras largas y constantes batallas, a vanguardia y a retaguardia, entonaban el pean! el himno griego, porque habían alcanzado a ver de nuevo en lontananza el mar, el mar del Asia Menor, el mar de Homero, el mar de muchas sinuosidades y corrientes de los exámetros de la *Iliada*.

Nuestras exploraciones por los campos de este poema no fueron menos deliciosas y frecuentes. El doctor Cortés conocía a fondo el dialecto homérico, y se sabía de memoria páginas enteras de ese poema sin igual, que fue el libro civilizador por excelencia de la raza helénica. Algunos de esos episodios florecían en sus labios con toda la gracia y la frescura de los tiempos primitivos. Tal era el episodio de Héctor y Andrómaca, tan celebrado en todos

los siglos. Héctor se despide de Andrómaca y anuncia sus graves temores de que algún día sea convertida en esclava. Valgámonos de Hermosilla:

Así decía y alargó la mano
Para tomar en brazos al infante,
Pero asustado el niño, sobre el pecho
De la nodriza se arrojó gritando,
Porque al ver la armadura refulgente,
Y la crin del caballo que terrible
Sobre la alta cimera tremolaba
Se llenó de pavor. Su tierno padre
Y su madre amorosa se reían,
Y el héroe se quitó de la cabeza
El casco reluciente; y en el suelo
Poniéndolo, en sus brazos al infante
Tomó y acarició. Y el dulce beso
Imprimiendo en su cándida mejilla,
Esta plegaria al soberano Jove
Dirigió y a los dioses inmortales....

San Juan Crisóstomo fue el verdadero maestro del doctor Cortés en la oratoria sagrada. Las brillantes imágenes del Crisóstomo le seducían y encantaban como ningún otro autor; y si a ello se añade su predilección por Granada, se tendrá algún conocimiento de las fuentes de donde en parte sacó la belleza incomparable de su estilo.

Monseñor Cortés era un orador de genio. Redactaba yo la *Revista Colombiana* y había logrado que me diera para ella uno de sus sermones. *El Templo es la Casa de Dios*. A su casa iba yo a corregir las pruebas, lo cual era obra por extremo difícil. Un día no atinábamos con el sentido de unas frases. Púsose entonces de pie, hizo ademán de hablar a las muchedumbres, y al instante, como de manera maravillosa, brotaron de sus labios torrentes de ignotas melodías que en un segundo me trasladaron a sitios desconocidos. La frase rebelde había sido aprisionada.

Monseñor Cortés era en un tiempo muy aficionado a descifrar charadas, rompecabezas y jeroglíficos. Tenía ingenuidades de niño. La franqueza de sus consejos tenía la dureza del hierro; pero también la frescura del amor y la verdad. Nunca le oímos hacer apreciaciones políticas. Su temperamento enfermizo le había retraído púlpito, y sus ojos, siempre demasiado débiles, no le permitían largas lecturas. Su modestia privó a la oratoria sagrada y a la literatura colombiana de sus más elocuentes oraciones, y a nacer en otra éra más feliz, hubiera sido un helenista del Renacimiento.

Los Angeles, abril: 1928.

LUIS MARÍA MORA

